

Homilía de **ANTONIO GONZÁLEZ, C. M.** en la Misa-funeral
(Boletín Informativo de la Provincia de Madrid, Noviembre-Diciembre 2004, Nº 271)

Dos días antes de su partida al encuentro definitivo con el Padre, cuando bajé a celebrar la misa de ocho de la noche, me encontré con el P. Eliseo Villafruela que salía del confesionario, práctica diaria de su servicio a la feligresía de la Basílica La Milagrosa, que entraba en la sacristía. Le saludé y, casi temblando de frío, me dijo: “Esta noche ha sido la noche que he pasado más frío de toda mi vida”. Yo le insinué: “Échate una manta más en la cama”. Y él contestó, arrastrando un poco las palabras: “No es cuestión de mantas”.

Compartimos unos momentos, en la sacristía: él, el P. Alfredo Enríquez y quien esto escribe, conectados como estábamos por la experiencia común de largos años de historia en Venezuela. Hablamos del frío y comentamos otros asuntos. Se hizo la hora y salí a celebrar la Eucaristía en la Basílica. Cuando regresé a la sacristía, al finalizar la Eucaristía, me dijo el Hermano Reta: “Tiene que celebrar también la misa de nueve”. Le contesté: “La va a celebrar el P. Eliseo”. El Hermano me respondió: “Se ha caído y le ha encontrado el P. Sedano en la escalera de paso de la sacristía hacia la casa, y han tenido que llevarlo a urgencias”.

Dos días más tarde falleció en las dependencias de cuidados intensivos de la Clínica “La Milagrosa”, prácticamente, sin haber recuperado la conciencia ni el conocimiento que perdió al caerse en la escalera.

Conocí al P. Villafruela el 5 de noviembre de 1966, cuando salió a esperarme, acompañado del P. Antonio F. Casanova, al aeropuerto de la ciudad de Barquisimeto, en Venezuela. El Visitador de la entonces Provincia de Madrid -antes de la división- me destinó a Venezuela, después de cuatro años en el colegio de Baracaldo. A mi llegada al país de Bolívar, el Visitador de Venezuela me envió al Seminario diocesano “La Divina Pastora” de Barquisimeto, de donde era superior y rector el P. Eliseo. Desde esa época fueron muchas y variadas las experiencias que vivimos y compartimos juntos el P. Eliseo, y quien esto escribe. Fue mi primer superior en el Seminario diocesano de Barquisimeto. Al concluir el “año-curso” 1966-1967, la Congregación dejó la dirección y atención del Seminario de Barquisimeto después de treinta y seis años de servicio ininterrumpido. Tres años después volvimos a encontrarnos -el P. Eliseo como superior- en la comunidad que atendía a la feligresía del pueblo de Cariaco, en el oriente del país y a setenta kilómetros de la ciudad de Cumaná. Fuimos integrantes de la mencionada comunidad de Cariaco el P. Eliseo, Isaías -que después se vino a la Cartuja de Miraflores en Burgos- y quien esto firma. Dialogamos, a veces, discutíamos las preocupaciones, inquietudes y dificultades pastorales que cada uno tenía en el momento. El campo de la Parroquia de Cariaco, en la década de los setenta, después de una experiencia pastoral de treinta y cinco años sin ningún tipo de catequesis, ni experiencia de evangelización por parte del párroco anterior, resultaba muy difícil y árido. Recuerdo que cuando entrábamos en alguna librería de Cumaná o Caracas, al

salir, el comentario de Eliseo siempre era el mismo: “Aquí no hay nada escrito para Cariaco”.

En mi convivencia con el P. Eliseo descubrí su disponibilidad a toda prueba. Era uno de los “comodines” -no “comodones”, que florecen en todas partes sin necesidad de cultivarlos- con los que contaba el Visitador de la Provincia cuando llegaba el momento de realizar los destinos anuales. Él, siempre estaba dispuesto a ir a cualquier parte donde se le enviaran, a veces dónde no habían aceptado ir otros, cuando el Visitador se lo insinuaba.

Nuestra relación de obediencia, “superior-súbdito”, funcionó con normalidad con momentos ocasionales de dificultad muy distanciados. Los destinos que me tocó comunicarle en su segunda etapa en Venezuela, cuando ejercí el servicio de Visitador, los aceptó con gran espíritu de fe, aunque por su disponibilidad, a veces, se le movía y cambiaba mucho de comunidades, efecto de su disponibilidad y aceptación de lo que disponían los superiores.

“Es buena gente”, expresión latinoamericana que frecuentemente decían quienes le conocían y tenían contacto frecuente con él. Tenía bastante de niño con fachada de adulto. Era bastante querido y, hasta admirado, por muchos obispos. Algún obispo me pidió que lo destinara a la comunidad que teníamos en su diócesis, a pesar de la edad avanzada y las limitaciones notables que se le manifestaban por su edad avanzada. No sé si para solucionar el problema de profesor de Filosofía de sus seminarios o por otras motivaciones más altruistas.

El P. Eliseo Villafruela fue una persona de oración, un hombre de fe. Sabemos lo que San Vicente de Paúl afirmaba de los hombres de oración. En él se cumplía esta afirmación de San Vicente de Paúl. La dimensión de su ser de misionero vicenciano se vio reforzada e incrementada por sus vivencias carismáticas en y con los grupos parroquiales de las casas y comunidades donde fue destinado por sus superiores, después de su experiencia de retiro o ejercicios espirituales hechos con la Renovación Carismática. Había mucha gente que acudía a él en busca de orientación y apoyo para sus deseos de crecimiento espiritual. He escuchado a algunas gentes comentar y alabar su acierto para diagnosticar y recetar soluciones en el Espíritu.

En paralelo con su vida de oración marchaba su devoción a la santísima Virgen, especialmente, de la Medalla Milagrosa, consecuencia de su ser de vicenciano. Propagó la medalla de la Milagrosa hasta los lugares más increíbles y los espacios más inverosímiles. Repartió, durante toda su vida miles y miles de medallas, algunos piensan que hasta millones. Las repartía entre toda clase de gente y en todos los lugares. Muchos lo admiraban por esto.

Repartió medallas, en las salidas y entradas de acontecimientos deportivos, reuniones políticas, espacios de las universidades, mercados, salas de peluquería..., donde ustedes menos se imaginan. Entregó la medalla: a profesores universitarios, dirigentes políticos, alumnos de Colegios e Institutos, niños y mujeres de barriadas marginales...

Su ritual consistía en comenzar con el juego de la moneda -era su recurso de apertura y captación de atención favorito- y continuaba con la entrega de la medalla y una breve catequesis de cómo llevarla y cómo rezarla. En alguna ocasión, más bien pocas, se le presentaron inconvenientes y dificultades, pero, de todas salía sin contratiempos. Él decía: “La Virgen me saca de todas las situaciones difíciles y embrollos en que me he encontrado”.

Era persona de buen talante, afirmarían hoy algunos. Con intuiciones ocasionales que provocaban admiración en quienes le oían del campo del pensar filosófico, teológico, la vida del espíritu, la experiencia comunitaria..., junto a ingenuidades desconcertantes y expresiones inapropiadas que creaban desorientación en los oyentes e interlocutores. Situaciones, éstas, que desembocaban, generalmente, en experiencias jocosas y momentos humorísticos.

Se compartía y convivía con facilidad con él y, en ocasiones, con agrado por sus salidas inesperadas y su narrativa humorizada de las experiencias vividas. Tanto de su vida pretérita, como su primera llegada a la Apostólica de Tardajos, como de experiencias posteriores en su vida de estudiante y la convivencia comunitaria. El mundo de anécdotas que se pueden contar siendo él protagonista o actor importante son innumerables.

Tenía gran capacidad de entrega y donación a los demás mediante el servicio ministerial y misionero que los superiores le encomendaron a través de su historia personal y comunitaria en la Congregación de la Misión. Ejerció distintas responsabilidades y desempeñó diversos oficios: Superior y Director de colegio, Rector de Seminario, Párroco, Profesor... Deseamos que Dios sea la respuesta a su fe y a su misión de sacerdote vicenciano.

Me imagino al P. Eliseo presentarse ante el Padre Eterno, echar la mano al bolsillo, sacar una moneda e iniciar su ejercicio de prestidigitación para preparar el terreno y concentrar la atención. Y al Padre Eterno que le dice: “De eso, como de todo lo demás, Yo sé más que tú. Ven para que te enseñe”. Y, unidos, adentrarse en la experiencia de eternidad. Hasta luego, P. Eliseo. Descanse en paz.